

EL VALOR DEL ESPACIO PÚBLICO

Carlos Véjar Pérez-Rubio

La cultura ambiental de toda ciudad o poblado es tan multifacética y variada como lo sean sus habitantes, unidos y/o diferenciados por motivos económicos, políticos, ideológicos, sociales, religiosos, étnicos y culturales, en su más amplia acepción. Son los sujetos sociales, con su actuación e interacción consciente e inconsciente, quienes van creando ese complejo entramado de la vida urbana.

Todas las ciudades se perciben y se viven de cierto modo por cada uno de sus habitantes, para quienes siempre existirá la calle entrañable, el tránsito vehicular, la esquina memorable, el farol fundido, la casa anhelada, el café, la tiendita, la escuela, la cancha de fútbol, la pinta en el muro, la plaza arbolada, la banca en el parque... En realidad, todos los habitantes de una ciudad tienen relación cotidiana o eventual con alguna o varias de sus partes, lo que hace que la imagen que conservan de ella esté siempre llena de recuerdos y significaciones.

Cada calle, cada plaza, cada parque, cada esquina y rincón de barrio, cada fachada de casa o edificio, son estructuras físicas que adquieren propiedad significativa a partir de los usos y costumbres de los habitantes. El espacio público está cargado de sentido. Sus formas y su traza se articulan en una estructura simbólica, cuyo impacto sobre las prácticas sociales es evidente. El intercambio de sentidos, el encuentro de los diversos mundos posibles, es una característica de las sociedades urbanas desde tiempos ancestrales.

Todo indica que los sistemas de símbolos en las ciudades constituyen una reserva de sentido de amplio potencial metafórico y variado impacto entre sus pobladores. Es común, por ejemplo, que se perciba una secuencia de imágenes cambiantes, muchas de ellas yuxtapuestas, lo que puede tener un efecto positivo como en las ciudades medievales, con las torres de las catedrales góticas elevándose entre las casas desparramadas a su alrededor; o en las urbes del Magreb, en donde las apiñadas construcciones de las *casbahs* contrastan con los dilatados horizontes del desierto.

El impacto del ambiente urbano y de los mecanismos del mercado sobre el individuo y los grupos sociales ha generado una nueva cultura, una cultura híbrida, globalizada y, con ella, una acelerada pérdida de identidad y de sentido de pertenencia, fenómeno que tiene lugar tanto en el Primer Mundo como en el Tercer Mundo (hoy eufemísticamente llamados Norte y Sur) y que se acentúa por los flujos

migratorios, nacionales y transnacionales, una constante en las últimas décadas.

En los barrios populares la gente se encuentra más comunicada, más relacionada entre sí, en cierta manera, identificada no sólo en los aspectos materiales, sino en los espirituales. Se conoce, comparte sus problemas y es más solidaria, pese al ambiente degradado y violento que la pobreza genera en muchos casos. Los límites entre lo público y lo privado son menores y hay una mayor interrelación de las funciones sociales, dentro y fuera de la vivienda. Es común, por ejemplo, que en estos barrios la muchachada juegue descamisada una “cascarita” de fútbol a media calle, algo imposible de encontrar en las colonias residenciales de la clase media y la alta sociedad.

El clima y la naturaleza tienen una relación determinante con el hábitat y con el espacio público en particular. En México, país de gran diversidad geográfico-física, este punto adquiere gran importancia y se expresa claramente en las regiones que lo constituyen.

Un ejemplo. Los asentamientos humanos en las zonas tropicales sustituyen el soleamiento por la sombra, que proyecta la vida familiar hacia la naturaleza, hacia el exterior, hacia el espacio público. La vivienda cerrada e introvertida de los climas fríos o del desierto inhóspito, es reemplazada por la casa abierta hacia la naturaleza exuberante. Se trata de una relación con el exterior a través de sucesivos espacios sombreados, con diferentes acentuaciones lumínicas. La luz solar es filtrada, modulada, atenuada por volados, parteluces y celosías. En el exterior, los espacios públicos –el patio, la calle, el parque, la plaza... – son sombreados por las frondas de los árboles que abundan en esas regiones.

En su propósito manifiesto de hacernos a su imagen y semejanza, el Primer Mundo nos exporta hoy una arquitectura paradigmática y un espacio urbanístico creado a partir de sus modos de vida, sus avances tecnológicos y su potencialidad económica, que contrasta con la dignidad de nuestros centros históricos y con aquello que emerge anónimo, precario y mustio en los tugurios, los conventillos, las vecindades, las favelas y los ranchos de nuestros países. Lado a lado, frente a frente, una ancha avenida o una barda de por medio, ambas propuestas expresan dos mundos enfrentados y conforman una sola realidad: la ciudad latinoamericana contemporánea. ☒

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto mexicano, escritor, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Fue investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Sus más recientes libros son *La espiral del sincretismo. En busca de una identidad para nuestra arquitectura* (UNAM, UAM-X, UIA, UACJ, CUT, UCSG-ECUADOR, Gernika, 2007), *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2014), *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015) y *La generación del puente* (Palabra en vuelo, 2021). Es Director General de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*.